

á mas de esto, que careciendo ó desconociendo los principios de la verdadera moral y de la justicia, no tienen ni pueden tener ideas fijas que conduzcan á la estabilidad y al órden; sus intereses particulares son siempre su norte, variando, por lo mismo, si es menester, cada dia de tono y rumbo en sus ideas y convicciones; diciendo con la misma maldad lo que decian los compañeros de Eneas, para engañar á sus enemigos aquella noche en que fuera Troya destruida: *Mutemus Clypeos Danaumque insignia nobis aptemus: dolus an virtus quis in hoste requirat?* De ellos se puede afirmar lo que decia S. Hilario de los herejes é impíos arrianos, que cada año mudaban de fe. Y bien, ¿no es esto lo que nos dice la esperiencia, y nos demuestran la multitud de constituciones diferentes que se hacen en los pueblos llamados libres, ó que ellos dirigen? Para ellos, ni el gobierno de uno solo, ni la potestad administrada por muchos, ni el estado monárquico, ni el libre, ni la autoridad de la nobleza, ninguna clase de régimen les place, todos les son pesados, tiránicos é insoportables: á la manera que un enfermo fatigado con la calentura, y desasosegado por el dolor de las entrañas, no halla quietud en parte alguna, ni en el lecho, ni sentado, ni puesto de un lado, ni puesto de otro, quejándose en cualquiera disposi-

cion y sitio: "así los filósofos, dice un antiguo escritor, andan siempre mudando de lugar, y rodando de una parte en otra, probando las diversas formas de gobierno y de naciones, sin que al fin encuentren alguna que poder aprobar, ni donde permanecer quietos, como necesaria consecuencia de sus funestos principios, y de sus máximas y doctrinas desorganizadoras."

Sin embargo, ellos están en su lugar cuando mandan, saquean, esclavizan, corrompen y descatoizan los pueblos, y se emplean en la festiva é inocente ocupacion de guillotinarsse unos á otros, ó de suicidarse desesperados; término necesario á que los conduce su ambicion, sus crímenes y su orgullo. Allá en Francia, cuando mandaron y subyugaron á esta gran nacion los llamados demócratas de la República una é invisible, matan á sus hermanitos los de la República federada; y los hermanitos de la Montaña, guillotinan á los de la Gironda. Estos buenos filósofos, á pesar de su decantada hermandad y filantropía, se dividen en facciones; y aparecen, la faccion de Herbert y de Marat; la faccion de Danton y de Chavot; la faccion de Cloots y de Chaumette; la faccion de Robespierre; la faccion de Tallien y de Freron; que todas conspiran unas contra otras y se devoran. Brissot y Gensone, Gaudet,

Fauchet, Rabaud, Barbaroux y otros treinta son condenados por Fouquier Tinville, como ellos condenaron á Luis XVI. Y Fouquier es condenado, como él condenó á Brissot: Pethion y Burot errantes en los montes, perecen de hambre comidos de fieras: Perrin muere en la cárcel: Condorcet se envenena en su prision: Velage y Lavat se dan de puñaladas; y Robespierre y Marat dejan tambien de existir.....

Las sociedades humanas que, como el hombre de que se componen, son viadoras sobre la tierra, viven ó mueren segun son las doctrinas y las creencias de los que las dirigen ó mandan; y bien, ¿qué debe esperarse, cuando hombres imbuidos en doctrinas disolventes é impías y en máximas de error y de muerte, se erigen por el medio de las revueltas ó tumultos en doctores, guías y mandarines de las naciones? ¿El qué? El que éstas por necesidad se desconcierten, se hundan, se destruyan. Atended, pueblos: ¿veis á aquel hombre, ó mas bien espectro, que con las sienes y mejillas hundidas, color aplomado, el mirar triste, el cuerpo trémulo, casi sin vida y aun sin pensamientos; en una palabra, con cara hipocrática, que parece acaba de salir de la sepultura ó á la que se dirige? ¿le veis? Pues sabed que es un jóven que pocos dias ha-

ce, por su robustez, sanidad, fuerzas y riquezas, se creia inmortal, desafiando no solo á la vejez, sino aun á la misma muerte: pues bien, este estado de aniquilamiento, de dolor y destruccion en que le veis, es el resultado de sus corrompidas costumbres, de sus impiedades, de sus desórdenes y de sus extravíos; ya lo habia dicho Ciceron, que los vicios y desarreglos de la juventud aceleran la vejez y la muerte. Ahora bien; pues así de la misma manera, las naciones mas robustas, florecientes y pacíficas, se turban, se corrompen y se precipitan á la muerte por sus desórdenes y por sus vicios. Si las máximas de los que gobiernan son conservadoras y vitales, se conservarán; vivirán: si por el contrario, lo son de impiedad, de rebelion y de muerte, enfermarán; dejarán de ser. Sí, pueblos, á proporcion que la verdad ó la religion desaparece de las constituciones, de las leyes y de las costumbres de los Estados, estos enferman, se enflaquecen, se desconciertan, se les apaga la vida, mueren; porque como decia Ciceron: *Omnia religione moventur.*

Por lo tanto, pueblos, ojo alerta y conoced el peligro de que estais amenazados con las luces y doctrinas filosóficas, sin perder jamas de vuestra vista, que los impíos son tan perversos, hipócritas y malvados, que fingen á veces hasta piedad y odio á las

doctrinas impías y destructoras, para seducir con mas seguridad y ocultar sus espantosos designios; en ellos todo es aparente y solo hay de real el crimen y la impiedad. Epicuro se presentaba alguna que otra vez en los templos, y de sus hijos los asquerosos jansenistas nada digo: y cuando Raynal se estremecía de las consecuencias de la revolucion que sus doctrinas moviera, y las llorase, no hacia mas que un paso de comedia al ver triunfantes á sus contrarios, que ciertamente no hacian otra cosa, que seguir la línea que él habia trazado. Ellos, en fin, son y serán siempre lo que ha dicho de sí mismo uno de sus primeros corifeos: "Decir y probar igualmente, decia Rousseau, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu: no miro ninguno de mis libros sin estremecerme: en lugar de instruir, corro; en lugar de alimentar, enveneno: pero la pasion me descarría, y con todos mis bellos discursos *yo no soy mas que un malvado.*" ¿Lo habeis oido, pueblos, que ellos mismos confiesan ser unos *malvados?*

Sí, son unos *malvados*; contra los que no ha podido menos, el primero de ellos, el mismo Rousseau, de levantar su voz para anatematizarlos. "Huid, nos dice, huid de aquellos filósofos que, con

" el pretesto de esplicar la naturaleza, siembran  
 " en los corazones de los hombres doctrinas des-  
 " tructivas, y cuyo aparente escepticismo es cien-  
 " veces mas afirmativo y dogmático que el tono  
 " decidido de sus contrarios. Con el orgulloso pre-  
 " testo de que solo ellos, son ilustrados, vera-  
 " ces, de buena fe, nos someten imperiosamente á  
 " sus decisiones, que no admiten réplica y quieren  
 " darnos por verdaderos principios de las cosas, los  
 " sistemas ininteligibles que ellos se han forjado en  
 " su imaginacion. Por lo demas, trastornando, des-  
 " truyendo, hollando todo cuanto respetan los hom-  
 " bres, quitan á los afligidos el último consuelo en  
 " su miseria, á los poderosos y ricos el único freno  
 " de sus pasiones: arrancan de los corazones el re-  
 " mordimiento del delito, la esperanza de la virtud,  
 " y se jactan despues de esto de ser los bienhechores  
 " del género humano...." "Yo los hallo, nos dice en  
 " otro lugar, á todos orgullosos, afirmativos, dogmá-  
 " ticos, aun en su decantado escepticismo, no igno-  
 " rando nada, no probando nada, burlándose los unos  
 " de los otros, y en este punto comun á todos, me pa-  
 " reció el único en que tienen razon. Triunfan cuan-  
 " do atacan y no tienen vigor cuando se defienden.  
 " Si pesais sus razones, veréis que no la tienen si-  
 " no para destruir; si contais sus votos, cada uno

“ está reducido al suyo propio: solamente convie-  
 “ nen en una cosa, y es en disputar.” Otro, no me-  
 “ nos famoso por su impiedad, dice tambien: “Los fi-  
 “ lósofos, Bayle es quien habla, no son á propósito  
 “ mas que para embrollarlo todo y hacer dudar de  
 “ todo: apenas han edificado una obra, cuando ya  
 “ nos presentan los medios para arruinarla. Son  
 “ una verdadera Penélope, que por la noche des-  
 “ hacen la tela que trabajaron en el dia.”

Y por último, pueblos, un célebre escritor, el pa-  
 dre Cevallos, comparando á los filósofos modernos  
 con las arañas de Reaumur, nos dice: “Algunas ve-  
 “ ces he querido comparar á nuestros falsos filóso-  
 “ fos con las arañas. El sabio Reaumur observó la  
 “ presteza con que estos insectos urden y tiran sus  
 “ telas; notó tambien lo fino de su seda: con esto  
 “ esperó aquel naturalista hacer un nuevo servicio  
 “ á la sociedad, si promoviese y adelantase esta  
 “ preciosa labor. Congregó cuantas arañas pudo  
 “ en el hospicio que les preparó: aguardaba que se  
 “ uniesen de compañía como los gusanos y las abe-  
 “ jas, y que por este medio creceria ó herviria la  
 “ obra: mas él se desengañó presto. Cayó luego en  
 “ la cuenta de que estos eran unos *insectos feroces*  
 “ que no podian habitar de comunidad entre sí;  
 “ que se mordian mutuamente; una rompía la tela

“ de la otra, en lugar de ayudarla: finalmente, que  
 “ eran bastantes para arruinarse á sí mismas. Esto  
 “ notamos en los falsos ó vanos filósofos desde la  
 “ antigüedad hasta nuestros dias. *Meditaron, como*  
 “ *arañas, sus años*<sup>1</sup>. *Rompieron huevos de áspides y*  
 “ *tejieron telas de araña: quien comiese de los huevos*  
 “ *de ellos, morirá; y de lo que se empollare saldrá el*  
 “ *basilisco*<sup>2</sup>”

“¿Qué de sistemas no han urdido en sus cabezas?  
 “ desentrañaron y deshilaron este ovillo de los se-  
 “ sos, donde está envuelto este cordon de plata,  
 “ que ata nuestros artejos y mide nuestros dias<sup>3</sup>.  
 “ Sacaron de su cabeza multitud de hipótesis que  
 “ quieren hacer propias sin dar parte á otro algu-  
 “ no: ninguno quiere trabajar de peon ni de oficial  
 “ bajo una maestra ó gefe comun: todos anhelan  
 “ por hacer partidos ó telas que lleven su nombre:  
 “ el quererlos conciliar para echar una tela comun  
 “ es un empeño insuperable. Luciano, queriendo  
 “ consultarlos, dice que se mareó de haberlos oído.”

“Ya oimos á Rousseau confesar lo mismo cuan-  
 “ do quiso consultar á los filósofos: sus razones, di-

1 Ps. 89, 9.

2 Isai. cap. 59, 5.

3 Eccles. cap. 12, 6.

“ ce, que solo son hechas para *destruir*. Sus votos,  
 “ añade, si se cuentan, todos son singulares y ca-  
 “ da uno vota por sí mismo. Tiene por una empre-  
 “ sa insuperable el combinarlos, como no sea para  
 “ atacar. Ya intentó el procónsul Gelio con los fi-  
 “ lósofos de su tiempo, lo que Reaumur con las  
 “ arañas: juntó aquel buen hombre á todos los di-  
 “ ferentes partidos que habia en Atenas, y los ex-  
 “ hortó á convenirse sobre la variedad de sus opi-  
 “ niones y á transigir sus diferencias bajo su auto-  
 “ ridad; pero hubo de dejarlo, por no marearse ó  
 “ perder el juicio como temió Luciano.” Hasta aquí  
 este sabio y respetable escritor.

Ahora bien, pueblos: ¿y son estos filósofos los sa-  
 bios dignos de la confianza y veneracion de los hom-  
 bres? ¿Son estos los legisladores que han de plan-  
 tear con sus luces, cordura y sabiduría la grande  
 obra de la moralidad y felicidad de las naciones...?  
 No, pueblos, y mil veces no: los hechos mas ruidó-  
 sos, ó mejor dicho, los mas inauditos desórdenes y  
 calamidades mas horrendas, han demostrado al mun-  
 do todo, que estos malvados enemigos de Dios, de  
 los hombres y de la sociedad, tienen solamente vo-  
 luntad, fuerza y medios para trastornar, destruir,  
 engañar y llevar á todas partes el estrago, el pillaje,  
 la anarquía y la desolacion; como consecuencias

necesarias de su impiedad, de su libertinaje, de su  
 orgullo y de su ambicion.

Y así que, pueblos, guerra eterna y sin tregua  
 á los llamados filósofos: oponed á su irreligion,  
 vuestra piedad; á su libertinaje, vuestro pudor; á  
 su insolencia, orgullo é insubordinacion, vuestra  
 obediencia y respeto á las autoridades; en una pa-  
 labra, oponed la práctica de todas las virtudes cris-  
 tianas á sus proyectos y vicios execrables; pues si  
 estos tienden necesariamente á turbar y á disolver  
 el orden social, aquellas le conservan y perpetúan.  
 Y si bien los filósofos son acreedores á las mas se-  
 veras penas, ó como dice S. Pablo, dignos de muer-  
 te, no solo ellos, sino los que los consienten, como  
 impíos, traidores, rebeldes, apóstatas, homicidas...  
 su condigno castigo es cargo que toca exclusiva-  
 mente á las autoridades, á la vigilancia de los ma-  
 gistrados y á la severidad y justicia de las leyes pú-  
 blicas; y sobre todo á los reyes, como guardadores  
 y defensores natos de las leyes y procuradores de  
 la salud, orden y dicha de sus Estados.